



Grup Parlamentari Esquerra Republicana

Grup Parlamentari
Carrera San Jerónimo 40
28071 Madrid
Telèfon 91 390 59 95
Fax 91 390 64 27
premsa2@gperc.congreso.es

Conferencia de Joan Ridaó

Forum Europa

Madrid

Madrid
17 de junio de 2010

Buenos días,

Hoy quería hablarles fundamentalmente de dos cosas: de la profunda crisis económica y del desenlace agónico del periplo estatutario catalán, que constituyen elementos que no sólo interactúan, sino que han levantado un telón de fondo borrascoso y complejo, que arropa todo el escenario político español y catalán.

En lo económico, vivimos tiempos que el celebrado sociólogo polaco y flamante premio Príncipe de Asturias Zygmunt Baumann ha descrito metafóricamente como la era de la modernidad líquida, un periodo marcado por la inestabilidad propia de la globalización económica, y en que el señor mercado (cuyo rostro misterioso nadie conoce, pero a fe que existe) ha llegado a socavar los pilares sociales de los Estados; y en que no sólo las relaciones económicas se han visto afectadas sino también todas aquellas que vertebran el cuerpo social, incluidas las familiares y personales.

Descendiendo hasta lo más doméstico, estos días se repite como una jaculatoria que España no es Grecia. Se diga lo que se diga, a pesar de un paro devastador que supone el doble de la tasa OCDE, de ser la fábrica de parados, la mitad de parados de Europa pertenecen a España; y a pesar de que las perspectivas económicas no son para tirar cohetes, ninguno de los parámetros económicos (en términos de déficit público o de deuda) nos deberían condenar a la fatalidad de las clásicas tragedias griegas.

Fíjense, sin embargo, cómo la sola sobreacción de los mercados nos ha conducido a una extraña paradoja: al tiempo que abandonamos la recesión (o se ralentiza nuestro deterioro económico, si lo prefieren), se agrava la crisis. Lo nuevo (no tiene que ver con ninguna otra crisis cíclica) es que los mercados atienden antes a delirantes rumores especulativos (las insinuaciones maliciosas Sra. Merkel), que a los datos objetivos.

Quiero decir que en la nueva Economía, es más importante lo que se aparenta ser (las dinámicas, los gestos), que lo que se es realmente (los datos). Por eso la desconfianza de los mercados tiene mucho que ver con la errática política de Gobierno. Durante meses, Zapatero se mantuvo alzado como Don Tancredo sobre el pedestal de sus 11 millones de votos, e impassible y marmóreo ha parecido empeñado en matar al enfermo a base de tosquedades... Y a punto ha estado, en plena presidencia de turno de la UE, de cargarse el mayor logro desde el Tratado de Roma: la moneda única.

Mientras el PP (que es el verdadero pilar de la supervivencia de Zapatero) sólo esperaba ver pasar el cadáver por su puerta, practicando con la crisis un

ventajismo político indeseable, vestido de lagarterana social, blasonando fervoroso la causa de los más oprimidos...

Por lo pronto, no minimicemos las consecuencias de este hecho, hasta ahora casi insólito. La histeria de los mercados ha disparado el coste de la deuda (el diferencial con el bono alemán supera los 200 puntos básicos y el tipo de interés supera el 4,5%). Puede ser muy bien que la subida del IVA se vaya toda por el sumidero del pago de los intereses de la deuda... El gozo de la Ministra de Hacienda, en un pozo.

Se preguntarán qué ¿A dónde quiero llegar?

Primero, al hecho de que ante este siniestro carnaval de zombis, de boxeadores sonados que lanzan golpes de puño al aire, los que mandan son los mercados, los mismos gurús del modelo neoliberal que nos llevaron al desastre.

Verbigracia la reforma laboral, necesaria, largamente postergada, pero impuesta por la necesidad imperiosa de enviar un mensaje de confianza a los mercados. Hasta ZP ha dado al traste con su política social, el pilar básico de su oferta electoral... Éste es el signo de nuestros tiempos...

Segundo, los Estados modernos no son suficientemente poderosos para lograr que los intereses económicos se plieguen a los deseos políticos de la comunidad. La gran cuestión política contemporánea es pues si hay alguna fuerza política (nacional o transnacional, se entiende) que pueda por sí misma contener la marea de la globalización desenfrenada del capital, teniendo a la su disposición únicamente los medios propios de un Estado tradicional.

Tercero, la crisis económica que sufrimos no es una crisis coyuntural más (imputable exclusivamente a los desajustes de la fase alcista de la fase alcista del ciclo...). No es que esté en crisis sólo el modelo. Existen otros desajustes como la desregulación y de la irracional exuberancia con productos financieros incontrolados; la especulación inmobiliaria; la privatización salvaje de servicios públicos o; la idea thatcheriana de que el Estado no es la solución sino el problema, No. Es que este modelo, el modelo neoliberal, es la crisis misma.

En la larga historia del capitalismo moderno ha habido una articulación constante entre el Estado y el mercado. Pero en los últimos años (ahora mismo) el mercado funciona casi sin ninguna relación con el Estado, incluso contra el Estado. El dilema como ha dicho el propio Zapatero es si es el Estado el que regula el mercado, o si es el mercado el que regula el Estado... Y eso crea desconfianza, también en el sistema democrático, en la esfera política. Produce desafección y despierta los sueños de la razón populista...

Es preciso un nuevo orden económico mundial; además de que del batacazo que ha supuesto la crisis económica hay que extraer algunas pertinentes lecciones. Empezando por el error que ha supuesto el desprecio hacia la economía productiva.

El modelo productivo de los últimos años se ha basado en el dinero fácil del ladrillo y la especulación, en la avaricia del sistema financiero y en una socialdemocracia gobernante que ha dado continuidad a la política económica de la derecha neoliberal.

Pero hay que aprovechar esta crisis como una oportunidad para propiciar los cambios en el modelo de crecimiento económico, sin esperar el arrastre de las locomotoras europeas, sin resignarnos a ocupar una posición de vagón acomodado. Hasta hace poco, España no se percibía como problema y no se ponía deberes y el gobierno actuaba con un cálculo electoralista.

Se necesitan sacrificios y ajustes. Pero equitativos y con sentido de la justicia social. Recientemente, el Nobel Paul Krugman calificó de “masoquista” la “manía del ajuste fiscal”, recomendando a los EEUU que se aísle de esta dinámica tan europea (ahora la insaciable Bruselas pide ajustes adicionales) Las medidas de austeridad representan una vuelta a la economía prekeynesiana, a la victoria de los halcones antidéficit. Ese calvinismo económico, tan alemán (de drásticos recortes, mezclados con promesas de mejora de la competitividad, bajos salarios y despido fácil) es extremadamente peligroso y puede conducirnos a un largo estancamiento.

Porque, si bien es cierto que esconder y no dar es irresponsable y puede tener consecuencias funestas, no se olvide que hemos llegado a esta crisis de vulnerabilidad de la deuda como consecuencia de la especulación y del sobreendeudamiento privado, sobre todo de la burbuja inmobiliaria...

No pueden pagar justos por pecadores.... El objetivo debe ser espolear el crecimiento económico y la creación de empleo. Y no determinados objetivos de estabilidad que está por ver si son alcanzables.

Ante esta situación, ¿Hay una alternativa? Creo que sí:

Se debe hacer una apuesta por nuevos sectores productivos con valor añadido, apostar por unas nuevas relaciones (y más exigentes) con el sistema financiero, impulsar las energías renovables, y el mantenimiento de una inversión productiva como las infraestructuras.

La reducción del gasto no sólo puede venir de la mano del recorte del gasto social. Porque el problema del déficit no son los recientes estímulos fiscales. Tiene que ver sobre todo con una administración elefantiásica, con el despilfarro de la repartidora populista de cheques y planes de inversión local con nulo valor añadido, por valor de más de 30.000 M; pero sobre todo con unos ingresos raquíticos: Las rentas del trabajo y del ahorro tributan a niveles nórdicos (37%) y las del capital a nivel meridional (18%); y el fraude fiscal constituye el 23% del PIB. Somos el balneario fiscal de Europa. Hay 90.000 M que eluden el pago de impuestos a la Hacienda pública. Por eso hemos propuesto (conjuntamente con el resto de la izquierda parlamentaria) una alternativa fiscal, progresiva y equitativa. No un parche coyuntural para repintar la maltrecha fachada progresista del Gobierno.

Por cierto, estamos ahora discutiendo acerca de la reforma laboral. La discusión llega sobre un escenario de tierra quemada con un gobierno mareado de tantos golpes de volante y con el embrague quemado de dar tanta marcha atrás; con los sindicatos tocados por el fracaso de la huelga de funcionarios y sometidos al fuego de la derecha mediática que los acusada de vividores y de no ser representativos; con la patronal dirigida por un exempresario que acaba de vender sus negocios a un ornitólogo, especialista en buitres;

La reforma laboral no va a solucionar todos nuestros males, como nos quieren hacer creer. Pero puede acabar con la rigidez y la dualidad del mercado de trabajo Sin tocar los derechos de los trabajadores (ni indemnizaciones ni facilitar el despido). El Decreto-ley aprobado ayer constituye un intento estimable de ensanchar la cañería de entrada al mercado de trabajo. Pero puede ser un sumidero por donde se escurra un despido más fácil y barato. El problema no es de salida (los costes del despido) sino de entrada (de cómo crear puestos de trabajo más estables y de mayor calidad).

Debería ser posible un gran acuerdo, si los sindicatos demuestran que están tan interesados en dar trabajo a los parados como en proteger los derechos de los que ya tienen; si la patronal estima que para la buena marcha de las empresas es fundamental la confianza mutua y la estabilidad en el puesto de trabajo.

En este atribulado contexto, se suele decir que la sociedad catalana atraviesa por otra crisis, no sólo económica. Se trata de una crisis de identidad.

Algunas encuestas recientes aseveran que para los catalanes se han puesto en cuestión algunas de las vacas sagradas de la *Vulgata* discursiva del catalanismo tradicional: el secular liderazgo hispánico en lo económico, que, como afirmaba Vicens Vives, ha estado en la base de nuestra autoestima como pueblo durante más de dos siglos. Además del fracaso del proyecto histórico del catalanismo político moderno, favorable a una intervención vigorosa en el escenario político e institucional español (desde 1898 hasta la Transición).

El catalanismo de vocación hispanista, que a lo largo de los últimos ciento cincuenta años a) había ganado la batalla del “ser”, la de la afirmación nacional, está a punto de perder la batalla del “estar”, la del denominado “encaje”- El “proyecto sugestivo de vida en común” del que hablaba Ortega parece un enunciado imposible, como si se quisiera derogar la ley de la gravedad universal.

No es que, tras el previsible revés estatutario, Catalunya corra el riesgo de ser destruida como Cartago por los romanos, obviamente. No estoy hablando de eso. Después de siglos de anulación política, ni siquiera la más negra de las Españas, bajo la capa de una dictadura militar como la de Franco, fue capaz de desviar al catalanismo de su trayectoria histórica. La historia demuestra que ni Catalunya es lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad, ni España para evitar un pulso democrático.

Estoy diciendo que, por un lado, es comprensible que Catalunya tiene la sensación de estar atravesando un abismo sobre un finísimo alambre, de hallarse ante una encrucijada histórica, en un año cero. Por otro, que con el pleito estatutario se está resolviendo un auténtico problema de Estado, que condicionará por mucho tiempo el debate territorial del Estado español abrirá un nuevo frente, al lado del de la crisis económica.

No en vano, las demandas catalanas de más autogobierno han recibido por respuesta no sólo una fuerte tentativa de involución autonómica, socavando los términos del Pacto de la Transición sino también un ostensible desprecio hacia la voluntad expresada por el pueblo de Catalunya en las urnas. Y esto ha llevado a una auténtica impugnación del modelo autonómico por parte de amplios sectores de la ciudadanía catalana.

Nunca se había llegado tan lejos. El independentismo oscila en las encuestas entre el 30 y el 37% de los catalanes. El Parlament acaba de admitir a trámite una iniciativa popular para realizar una consulta sobre el futuro estatus político de Catalunya...

El proceso estatutario ha demostrado que la España democrática no es capaz de desplegar un lúcido entendimiento entre centro y periferia, basado en la equidad y el sincero reconocimiento de su carácter plurinacional. Que persiste

una dificultad atávica para interiorizar la pluralidad hispánica. Una profunda convicción castellanocéntrica de la vida, que parte de la concepción de los Menéndez y Pidal o Américo Castro de que España es fuerte cuando lo es su centro y no la periferia.

No ignoro que en la antesala del Tribunal Constitucional, hay quien exige respeto a las reglas del juego. Pero es que las reglas valen para todos. El proceso estatutario fue una síntesis de orfebrería: mitad derecho, mitad concesión, de acuerdo con el proceso de reforma tasado para las comunidades dichas históricas.

Ni decidían unos solos, ni tampoco los otros solos, sino que el Estatuto debía surgir de un pacto entre el Parlamento y las Cortes Generales, que luego sería sometido a referéndum popular. ¿Qué valor tiene pues el pacto político y la voluntad popular expresada en las urnas si un Tribunal Constitucional viciado de legitimidad aplasta la voz del pueblo y de sus legítimos representantes? Cuando un tribunal así se atreve a alterar un texto, no sólo niega el derecho a decidir sino que modifica los términos del pacto e impone unilateralmente los límites al margen de las instancias políticas representativas y de la voluntad popular.

No se extrañen que el mismísimo Jordi Pujol haya exclamado que cree que están moralmente cargados de razón los que quieren la independencia, que Pasqual Maragall haya pedido volver a las urnas, que el president Montilla haya alertado de que las cosas no volverán nunca a ser iguales.

Pero, dejando de lado el previsible desenlace, ¿qué es lo que nos ha traído hasta aquí? A veces se olvida. La oposición frontal de la derecha española, liberalautoritaria, la diaria algazara de la derecha mediática, que proyecta a diario su pensamiento excluyente y distorsionado, como si se tratara de un espejo cóncavo; la persistencia de la catalanofobia, un recelo sistémico contra todo lo catalán, casi como un hecho ordinario y constitutivo de la cultura política española, agravado por una nueva realidad como es que España ha dejado de ser un Estado débil, secularmente atrasado, y que ahora muscula su autoestima y aparca los complejos... Porque la izquierda española ha hecho marcha atrás, incapaz de cumplir su promesa.

Craso error. La izquierda española históricamente siempre ha necesitado del catalanismo para gobernar España. Lo demuestran los ejemplos de la Primera República, el Pacto de San Sebastián o la Transición.

Es como si la izquierda hubiere llegado a la conclusión de que corre el riesgo de quedarse desprovisto de un lenguaje movilizador ante la persistencia de fenómenos nacionalitarios como el catalán o el vasco, de modo que ha decidido dejar lastre, renunciando a la defensa del Estatuto o al proceso de paz en Euskadi.

Así se entiende que Zapatero haya dado la estocada final, afirmando que da por culminada la fase del autogobierno. Zapatero recordaba así al José María Aznar de la Segunda Transición, el de la clausura a cal y canto del Estado de las autonomías, que teóricamente tiene un diseño constitucional abierto y dinámico.

Hay quien cree que es posible una nueva oportunidad, aun cuando haya una sentencia adversa del TC: Pero ahora hay algo nuevo. Y es que la modernización social y económica de España ha servido para superar el nacionalismo español de expresión castiza y arcaizante, para adoptar una formulación más puesta al día y elaborada: el neocentralismo constitucional, que denuncia la fragmentación del Estado y los excesos en la territorialización del poder político.

Basta leer el manifiesto fundacional del partido liberalprogresista de Rosa Díez para darse cuenta cómo el españolismo moderno, y rabiosamente jacobino, clama contra el riesgo de asimetría entre territorios y la desigualdad entre los españoles por culpa de supuestos privilegios y de las imaginarias imposiciones lingüísticas.

Y en este contexto, el catalanismo (de amplio espectro) se ha quedado pues sin defensas dentro del marco institucional español, ante los incumplimientos reiterados o la incomprensión de los sucesivos gobiernos españoles en materia de descentralización política.

España no entiende definitivamente que la felicidad democrática de los catalanes pasa para que se puedan autogobernarse de verdad, en primera persona.

Además, hay que tener presente que el proceso de reforma estatutaria no es más que la punta del iceberg, que encabeza un buen puñado de aspiraciones económicas o en materia de infraestructurales, que fueron objeto, como siempre, de una obsesiva corriente hipercrítica contra Catalunya, superando los límites de lo racional.

Como cuando las élites españolas no dieron ninguna importancia al boicot comercial al cava catalán; o vieron con desdén la OPA de gas Natural sobre Endesa ("antes alemana que catalana"); o cuando el Partido Popular se atrevió a recoger hasta cuatro millones de firmas en mesas petitorias por todo el

Estado, con la excusa del Estatuto, dando lugar a una serie de manifestaciones de catalanofobia desatada y que se pudieron ver por todas las televisiones.

Se ha producido un desgarró sentimental, sí. Y también una sensación de engaño histórico en relación con la Transición y de fracaso del perfeccionamiento federal del modelo autonómico que debía conllevar la España plural de Zapatero (o el intento de acabar con un Estado autonómico consistente en un remedo de descentralización política y administrativa de muy baja calidad, que no reconoce otros actores principales que los centrales).

Ello no sólo ha cargado de razones a los soberanistas, que hicieron un intento de alargar la mano. Sino que, utilizando un símil futbolístico, puede servir para que muchos autonomistas y federalistas catalanes, partidarios de la evolución plural del Estado, que van a ver si continúan jugando en casa o si pasan a hacerlo en campo contrario.

Si Zapatero es uno de los padres del Estatuto, es evidente que no la ha cuidado como exige la estimación paterna; si el Tribunal Constitucional representa el maestro, no podía haber dañado tanto su autoridad; Y, más importante todavía, si la nueva generación de estatutos son en parte hijos del Estatuto catalán, a ver cómo se les corta las alas a todos sin provocar frustración y más ganas de irse de la casa del padre. En este contexto, sin embargo, me resisto a pintar, como hacen algunos, un retablo crepuscular y decadente del presente y el futuro de Catalunya. Catalunya no se haya en puertas de una nueva imposición violenta que tenga que aniquilar de raíz su autogobierno como en muchos momentos de nuestra historia. Con el pesimismo nada se construye, sólo se genera desasosiego y desesperanza. Cuando se llega a la conclusión de que un problema es insoluble, definitivamente uno se hace esclavo. Y de ahí nace la fatalidad, para algunos casi trágica.

Además de que uno de los errores del catalanismo ha sido la construcción de un discurso historicista, en el que se subrayan las derrotas y la condición de perdedor. Si acaso, el país y el catalanismo se encuentra en una encrucijada histórica, en el que, visto el fracaso de la vía estatutaria, muchos catalanes se pondrán delante del espejo, deberán elegir entre la secesión o la involución.

Concluyo:

Cuando una comunidad política se colapsa, se pone en marcha su obrador identitario. Las grandes decisiones colectivas en Catalunya (las que han generado cambios profundos y estructurales) han aflorado siempre en circunstancias excepcionales. Catalunya, que es un país de marca y de pacto, ha resurgido precisamente cuando no se la ha respetado.

De la misma forma que los socios de una sociedad mercantil deben resolver rápidamente el funcionamiento interno de la misma para dedicarse a su actividad principal. Se debe resolver el desempate y acabar con la permanente ambigüedad.

Padecemos una crisis económica profunda. Está en juego no sólo la prosperidad económica sino también el Estado del bienestar. Es necesario un cambio de paradigma económico. Y en este contexto la izquierda parece averiada, sin brújula, sin programa y con un aparato decadente. Cada vez es más difícil distinguir entre políticas de derecha y de izquierda. La izquierda parece conformarse en paliar las consecuencias de los desmanes de la derecha. Si desaprovecha la crisis, le costará décadas de relevo. Y su vacío lo llenarán discursos populistas de distinto pelaje. Debe ser más atrevida, más ambiciosa ideológicamente. No sólo refugiarse en el discurso de las costumbres y los valores, para hacer la política económica de la derecha. Ese es el reto, y la oportunidad.